

La doctora Lubma



Rafael Quintana Garzón

Periodista. Radio Nacional de España. Jaén
lapanderajaen@gmail.com

- Eso de leer es un rollo.

Lo he escuchado tantas veces que no me sorprende la respuesta de Juanpe a mi sugerencia para que lea un libro de los que acumulan polvo en la estantería y que seguramente muy pocos pacientes han ojeado. Lo que sí me ha sorprendido es que diga rollo y no el adjetivo que corresponde a su condición de adolescente. De hecho el sonido co ya se había formado en su garganta, pero ha corregido en el último momento, no sé si por mi aspecto o por mi edad. Juanpe está maldiciendo porque se ha quedado sin batería y no sabe qué hacer hasta que comience la sesión, que hoy se retrasa más de lo normal. Es la tercera vez que coincidimos y todavía nos queda tratamiento para vernos algunos días más.

- No creas. Depende de lo que decidas leer -le replicó-. Yo por ejemplo nunca obligo a mis alumnos a leer El Quijote o las poesías de Góngora, porque sé que solo llegarán a ello voluntariamente, después de otras lecturas que les interesan mucho más.

- ¿Eres profesora?

- Sí, pero llevo dos meses de paro forzoso y, aunque muchas veces son insufribles, la verdad es que echo de menos a mis alumnos.

- Entonces ellos no te han visto así.

- ¡Así cómo, sin pelo?

- Sí, porque seguro que te habrían puesto un mote. Nosotros ya te lo habríamos puesto en el instituto.

- ¡Ah sí, cuál?

Juanpe piensa un momento:

- La melenas, supongo.

- ¡Mira que gracioso! Pues ya que tienes tanto ingenio a ver si te atreves con esto -le propongo, mientras le entrego los folios que llevo doblados en el bolso-. Es un ejercicio que iba a realizar con mis alumnos y que dejé a medias. Se trata de un relato compartido, en el que cada uno de ellos debe ir completando lo que ha escrito el anterior. Pero solo tengo la primera parte. Comenzó una chica, Laura, a la que no se le da mal esto de escribir.

Juanpe mira los papeles con desconfianza, pero decide leerlos:

He pensado que el mejor sitio para colocar a los personajes es un pequeño hospital de Zambia. La doctora Aicna Lubma y el enfermero Saic Negru. Allí están los dos con sus batas blancas y sus dientes más blancos aun, que resaltan sobre el negro intenso de su piel.

Aicna Lubma estudió medicina en su país y al terminar la carrera se marchó a Birmingham, donde se especializó en ginecología, pediatría y enfermedades tropicales.

Todavía sonríe cuando se acuerda de la cara que puso el director del hospital cuando le dijo:

- Gracias, pero no puedo aceptar el puesto que me ofrece. Quiero volver a mi tierra y ayudar a personas que me necesitan más que aquí.

Saic Negru no era de la provincia del Norte, ni siquiera de Luapula. Había nacido en la ciudad de Kalamo, al sur del país, pero se fue a vivir a Samfya cuando se enamoró de Nadia, a la que conoció cuando ambos estudiaban en la universidad de Lusaka. Nadia se especializó en gestión empresarial porque tenía claro que volvería a su ciudad para dirigir un complejo turístico.

La doctora Lubma acude todas las mañanas, muy temprano, a su consulta del hospital, a orillas del lago Bangüeolo. Abre las ventanas, algunas desvencijadas por la humedad que corroe la madera, y se queda un buen rato mirando las barcas de los pescadores, que preparan las redes para un nuevo día de pesca. Le gusta llegar antes de que amanezca para ver cómo el sol se levanta sobre las aguas del lago, especialmente en el mes de noviembre, cuando empiezan a formarse las primeras nubes de la temporada de lluvias. La doctora Lubma sostiene que no hay otro amanecer más bello que el que cada mañana aparece enmarcado, como si fuera un lienzo, en la ventana del hospital.

- Oye, no está mal –dice Juanpe cuando termina de leer la primera parte de la historia-. ¿Y cómo se le han ocurrido esos lugares y esos nombres tan raros?

- De los lugares solo es cuestión de mirar en internet y en cuanto a los nombres, escríbelos –le pido a Juanpe, dejándole un papel y un bolígrafo- pero al revés, juntando el nombre y el apellido y con letras mayúsculas.

Cuando termina de escribir los dos nombres sonríe:

- Anda qué bueno: AMBULANCIA y URGENCIAS.

- Pues sí. Laura me dijo que se le ocurrió viendo cada mañana, cuando iba a clase, una ambulancia aparcada cerca de su casa. En la parte delantera tiene escritas las dos palabras al revés, para que los conductores puedan leerlas en los espejos retrovisores, y a ella le pareció que sonaban a nombres africanos.

Juanpe decide cambiar de tema, para eludir la propuesta de que continúe escribiendo la historia.

- La verdad es que me parece muy valiente, porque en los hombres es más normal, pero no he visto muchas mujeres que vayan sin pañuelo.

- Bueno, tampoco está tan mal, ¿no?, tan redondita y brillante.

- Pero la mía está mejor. Mira esto -me dice señalando una cicatriz alargada en mitad de su calva reluciente.

Pero no me está mirando a mí, sino a la chica nueva que acaba de entrar y que, como el primer día en que coincidimos con ella, está igual de seria, sin fijar la vista en nada ni en nadie. Lleva un piercing en la nariz, rematado con una piedrecita de color rojo. Está claro que Juanpe intenta impresionarla y la mira de reojo cuando, mostrando la cicatriz, comenta muy ufano:

La doctora Lubma acude todas las mañanas, muy temprano, a su consulta del hospital, a orillas del lago Bangüeolo



- Mira. Son trece puntos. Cuéntalos.

Los cuento y aunque hay un par de ellos un poco borrosos, efectivamente son trece puntos de sutura que unen un surco más ancho en la parte delantera y que se estrecha al final.

- Fue con una bicicleta —explica Juanpe sin dejar de mirar a la chica del piercing rojo-. No llevaba casco y me golpeé con un hierro que colgaba de un balcón.

- Bueno, ¿qué te parece si continuas la historia? —le pregunto cuando por fin vuelve a prestarme atención.

- Lo pensaré —me responde guardándose en el bolsillo las hojas dobladas.

En la siguiente sesión recibo una doble sorpresa. Juanpe se lleva lentamente la mano al bolsillo de la sudadera, poniéndole intriga a la situación, y saca junto a las hojas que se llevó el otro día un par de folios,

escritos por ambas caras y con una letra bastante cuidada. Compruebo además que le ha gustado la idea de escribir palabras al revés:

El trabajo en el hospital era bastante parecido todos los días. La doctora Lubma estaba adapuco en atender a

los sonasetra y a los pescadores, recetándoles las medicinas y recomendándoles que llevaran una vida más sana. El enfermero Negru, con sus bolsas de nodogla y sasag, se encargaba de curar y cubrir las heridas y siempre llevaba encima solemarac para regalárselos a los niños que acudían a la consulta.

Algunas veces tenían que atender casos más graves y en una ocasión consiguieron que un pescador no perdiera el brazo, a pesar de que un olirdococ le había dado un buen mordisco.

Pero un día se rompió la anitur del hospital, cuando apareció Yandé malherido. Era un joven de unos trece o catorce años. Solo llevaba unos pantalones sucios y las sallitapaz rojas que le había comprado su pri-

mo en el mercado de Mansa y que tenían las saleus rotas. En la planta de los pies se le habían formado varias ampollas.

Mientras lo curaba, la doctora Lubma notó que Yandé estaba muy nervioso. Cuando se recuperó, después de beber y comer algo, les contó que su amigo Leumas estaba herido en el parque de Isangano. Había recibido un disparo cuando se toparon con una banda de traficantes de lífram. Tres hombres habían matado a un elefante, al que le estaban cortando los colmillos con una motosierra. Yandé y su amigo echaron a correr, abandonando la mochila que llevaban, pero uno de los hombres los persiguió disparando varias veces. Una bala rebotó en una piedra y alcanzó en el muslo a Leumas, que empezó a sangrar abundantemente. En ese momento aparecieron los guardias del parque y los traficantes huyeron, perseguidos de cerca por los vigilantes. Yandé contó que se ocultaron detrás de unos arbustos y que le hizo a Leumas un eteuqinrot con su camiseta. Luego regresó a Samfya para pedir ayuda.

Felicito a Juanpe por la imaginación y el interés que le ha puesto a la historia.

- Muchas gracias —me dice-. Ahora se lo encargas a alguno de tus alumnos o la continuas tú misma.

Por un momento pienso llamar a Marcos, uno de mis mejores alumnos, que el otro día vino a verme a casa junto con Lorena y Jesús, pero finalmente decido ocuparme yo misma. En la siguiente sesión le doy a Juanpe la tercera entrega.

La doctora Lubma y el enfermero Negru se suben a un viejo todoterreno. Sientan a Yandé en medio de ambos y le piden que los conduzca hasta el lugar en que dejó a Leumas. Después de un rato circulando por caminos polvorientos, la doctora le pregunta a Yandé:

- ¿Y vosotros que hacíais en el parque de Isangano?

El joven se queda callado. Luego, a media voz y con la cabeza gacha, cuenta que ambos decidieron esca-

Algunas veces tenían que atender casos más graves y en una ocasión consiguieron que un pescador no perdiera el brazo



parse de su aldea cuando descubrieron que lo que sentían el uno por el otro no solo les traería el rechazo de su pueblo, sino que incluso podría llevarlos a la cárcel, como se encargó de recordarles amenazadoramente un pastor de cabras que los había visto cogidos de la mano. Metieron algunas ropas y el poco dinero que tenían en una mochila y echaron a andar hacia el este. Su intención era llegar a Tanzania y desde allí embarcar rumbo a Europa.

La doctora Lubma hace un gesto de contrariedad y le aprieta cariñosamente el brazo a Yandé. Piensa que en esto, como en otras cosas, le gustaría que su país cambiara más rápidamente. Luego conduce en silencio durante más de dos horas, hasta que encuentran a Leumas recostado sobre el tronco de un árbol. Tiene buen aspecto, a pesar de que lleva un día y medio sin comer ni beber. Les dice que no quiso avisar a los guardias del parque, cuando los oyó pasar cerca de él, por miedo a que lo llevaran preso. También les cuenta que se había quitado el torniquete y que, presionando sobre la herida, había conseguido que dejara de sangrar.

- Bien hecho –le dice la doctora-. Si lo hubieras dejado más de dos horas es muy probable que hubieras perdido la pierna. Afortunadamente no hay infección. Volvamos al hospital.

Le dejó a Juanpe que continúe la historia, pero en la siguiente sesión lo encuentro alicaído.

- Hoy no traigo los deberes hechos –se disculpa-.

Llevo unos días hecho polvo, del sofá a la cama y de la cama al sofá.

- No pasa nada. ¿Por qué no la terminas aquí mismo?

Juanpe duda un momento, pero se apoya en una mesa y se pone a escribir. Termina pronto:

Una vez en el hospital la doctora Lubma opera a Leumas para extraerle la bala. Comprueba que no ha roto el hueso ni ha causado daños graves en el músculo. Al salir del quirófano, Yandé le pide que le informe sobre el estado de su amigo.

- Puedes estar tranquilo porque no es especialmente grave. Pese a que ha perdido mucha sangre y tal vez le quede una pequeña cojera, la noicu love es muy buena y, sin duda, todo esto terminará en una bonita historia de amor.

Palmeo a Juanpe en la espalda para felicitarlo por ese final, ocurrente aunque un poco edulcorado. Pero no me presta atención. Le está devolviendo, ruborizado, una sonrisa a la chica del piercing rojo.

